

nes, en el trabajo probo, libre, asiduo, en todo ese dorado paraíso que perdiera, en las tiernas criaturas que nombra con furia, en los ángeles; y el cielo hace un infierno en aquel pobre hombre.

XIX

Un hombre es inocente; su vecino le denuncia. Gisquet, cuya ceja se frunce con facilidad, ó nuevo Anglés, ó segundo Valentín, hace que el hombre sea detenido en el momento de levantarse de la cama; el hombre se resiste y trata de huir: malas señales; se le insulta; replica: se le maniatá; dice: — ¡Yo nada he hecho! Y es la verdad; pero hace mal en ser quien grita más recio, no siendo el más fuerte. Se le da á entender esto apretándole más los pulgares con las cuerdas. Culpable, se cede; inocente, se es idiota; se lucha, se contesta á los golpes, se enfurece uno al ver que la sangre mancha el suelo, confiando en que el juez examinará, deliberará y acabará por no hacer nada al que nada hiciera. ¡Examinar, deliberar el juez! ¿Para qué? Se entra joven, y se es viejo al salir de la prisión. ¡Cuidado, pues; esta es la suerte que toca al refractario! Tenéis ese deber: sufrir; y ese derecho: callar.

Grave es rebelarse; vano es ser inocente; tened entendido que la justicia es siempre la justicia, y que sois un granuja, puesto que se os trata brutalmente. La policía se asemeja á la arena en que uno se hunde; cuanto más esfuerzos hace para huir, más preso se halla. Los grandes y los felices nunca bajaron de sus

alturas para proteger á los que se traga la justicia. Caed en un estanque; sed cogido debajo de una pared que se derrumba ó sumergido en algún pozo horrible y de todas partes os llegarán amigos y apoyos; todos, ricos y pobres, jóvenes y viejos, y de todos los sexos y edades, cada uno se ocupará en vuestro salvamento; seréis socorrido, servido, compadecido, asistido; ¡pero no naufraguéis bajo la sociedad!

Sangra el Estado, sin embargo, si pierde un miembro útil, y en el hombre mutilase al pueblo; aquel miserable era bueno, honrado, dulce. ¿Sabéis que antes tenía una familia? ¿Qué importa eso? Se le arroja á un calabozo. Tórnase el autómatá de un horrible mecanismo; la chusma le acostumbra á sus rudas prácticas. — ¡En pie! ¡Despierta! ¡Trabaja! ¡Entra! ¡Sal! De pronto es embarcado, es enviado á Cayena. De aquella bestia de ojos de esfinge, de los gritos de fiera, se apodera el mar, ruge, aulla, y va á ocultarle detrás del horizonte, allá abajo, en una roca, en una obscuridad á la que apenas llega el ruido que hace el hombre. Todo allí son tinieblas, olvido, abismo; un hálito de odio baja del cielo, y las olas parecen enemigos. Allí se consuma la especie de crimen inconsciente cometido por todos nosotros con aquel pobre desconocido. Espectro encadenado por la noche, bestia de carga durante el día, se ha tornado un número: no tiene derecho ni á su nombre; vive en una caverna, duerme bajo el cañón; sus fríos verdugos le custodian desde que amanece, y la aurora, cómplice de ello, contribuye á su suplicio, luciendo, y los cautivos son enviados de dos en dos á labrar un horrible campo tostado por un sol terrible. Al hacer presidiarios, la ley no hace sino fantasmas; las nubes, el firmamento, todas aquellas cimas enormes, son para ellos el techo de bronce de su desgracia.

Él, que no es falsario, ni asesino, ni ladrón, bajo el pesado fardo que arrastra, triste átomo vencido, estúpido, bosteza; y, á guisa de bálsamo, gota á gota se va vertiendo la afrenta sobre su trágico dolor; una espantosa y siniestra llaga le consume; se le lava la herida con ácido nítrico. El código, esa hacha tiene por mango un garrote, y aquella cuchilla altiva concluye en vil bastón. Si, alguna vez enfermo, apoya los codos, con la barba en la palma de la mano, calenturiento, reflexiona, un palo le despierta; de sus oídos no se aleja nunca un ruido de cadenas. Es no sé qué de abyecto y de miserable; el perro le olfatea y le gruñe; un espía le llama de tú. ¡Qué suerte! ¡Trabajo siempre, pan negro, paja podrida!...

Cierto día, en la patria se produce un rumor profundo, la alada Marsellesa llega en el aire, y—¡Alzate! ¡Vive!—dícese á aquel muerto. El mar agita sus olas, Francia abre su puerta; vuelve. Tenía una esposa: ya bajó á la tumba; un hijo: no se sabe qué ha sido de él; una hija, niña de ingenua mirada que era su alegría: en la calle ve una mujer que ríe, desnudos los brazos, desnudo el seno, con flores sobre la frente, alegre, infame; es ella.

Mientras tanto, la ciudad está llena de rumores. La Revolución, sembrador tremendo, dispersa por los cuatro extremos del cielo la áspera cólera. Entonces, en aquel corazón sombrío, funesto, relampaguea; truena en aquella alma, y aquel hombre se convierte en una especie de abismo presa del negro reflujo; el odio arde en aquel infortunado. ¿Dónde está la metralla? ¿Dónde está la brea? Le ha llegado su vez de ser espantoso, lo es; y muerde, y desgarrar. No tiene piedad.—¡Abajo ese juez! ¡Muera ese sacerdote! Asesina, roba, quema, aplasta, degüella.

Cuando se castiga á un inocente, se hace un bandido.

París, 28 de Noviembre.

XX

¡Oh! ¡Cuán cierto es que nada es el hombre, y que vos, Señor, lo sois todo!

¡Oh, Dios vivo! ¡Tú solo permaneces en pie en la tranquilidad de las cosas eternas! Cuando sus alas abre, el águila infinita sumerge una de ellas en tu sombra y la otra en tu claridad. El hombre es Baal, Moloch, Arimán, Astarté; la abyección vive con la bestia humana. El vacío nos lleva del fango á la ceniza. Alma ciega, espíritu apagado, corazón hecho trizas, el hombre muere mucho antes de ser conducido á la tumba. Toda clase de corrupciones le roen en vida: la avaricia, el orgullo, el odio, la mentira, el amor venal, el error loco, el instinto bastardo; de modo que se ignora lo que después se pudre.

Hormiguero del mal, insectos del abismo, sobre nuestros montones de crímenes y locura, de horrores, de cadalsos, de paveses, nos erguimos ante tu penetrante mirada. Tú oyes nuestros gritos, nuestros rumores, nuestra demencia; el gran cielo es el azul de tu pupila formidable. De nuestra vida oscura usando los eslabones, bajo tu enorme y dulce ojo nos arrastramos. Nuestros esplendores son un fulgor que se arrastra sobre la negra hierba; y en las sombrías

noches que se denominan edades de gloria, tiempos de Alcides, de Hermes, de Aquiles, de Amadís, siglo de Pericles, siglo de León X, sobre aquellos montones de estiércol, las Atenas, las Romas, pasean esos gusanos relucientes que se llaman grandes hombres.

19 de Agosto de 1851.

XXI

Á PABLO M.

Conozco tan bien, Pablo, el otro aspecto de las cosas, que en mis apoteosis siempre miré la altura de la roca de la cual he de caer. La suerte cambia,—la he soportado sin doblarme;—una mujer en esqueleto, un palacio en ruinas.

Y he aquí por qué, transeunte fraternal, sin apartar por nada mi mano y sonriente y pensativo, con el amor de hoy mudo el odio de mañana. Hago uso del claro fulgor del alba para calcular la lúgubre hostilidad que tendrá el crepúsculo. Aquel que no fuera odiado, no vivió sino á medias. Y deseoso de ser bueno, dejo, amigo mío, que uno tras del otro, en la obscuridad en que vivimos, vayan pasando los falsos porvenires de la tierra y de los hombres, seguro de ese porvenir inmenso del firmamento azul que todos llaman muerte y al que yo llamo Dios.

2 de Septiembre de 1872.

XXII

VISIONES

★

A medida que se eclipsa á lo lejos la llanura, todo un sombrío apocalipsis aparécese al tétrico hombre.

Todos aquellos fantasmas sinnúmero, hijos del anochecer que va obscureciéndose, le rodean, entran en tropel en su espíritu á medida que salen de la obscuridad.

Negra caverna sobre la cual se cierne el Señor, ve en sueños lo ya soñado; el día que pasó, la noche que concluye, la muerte que se acerca, el hombre que se va.

Ante su párpado inflamado, sobre un tétrico fondo sin un rayo de luz, como oleadas de humo, pasan lentas visiones.

El destino muéstrase á él, cree entrever como huyen los pálidos espectros con que tropieza, ó algún espantoso paisaje.

Piensa, asustado:—Todo se levanta, todo vuelve á caer, todo flotó. No sabe si sueña ó está despierto.

Después todo toma forma, todo se coloca como en

un infierno doloroso, y todo en aquella sombría bruma se hace distinto y continúa siendo horrible.

Ve las fortunas humanas, cuyo conjunto parece un monte vertiginoso, en el cual, bajo ramas llenas de espinas, resplandecen los ojos de las sirenas.

Introduce su mirada, que brilla en aquel abismo de sombras en movimiento, en aquellas tinieblas en las que la ciega multitud de los vivos hormiguea.

Oye rumor de voces á través de la sombra y sus asechanzas, que parecen enjambres en sus colmenas, que parecen pájaros en los bosques.

Todos trabajan,—ley que trazara Dios al hombre maldito,—el uno su campo, el otro su pensamiento; éste profundiza, el primero cava.

Todos ellos buscan, ninguno encuentra. En su desesperación, el cielo les parece, por lo obscuro, el antro de una loba en invierno, por la noche, en el fondo de un bosque.

¿A dónde van? Hacia la misma puerta. ¿Qué son? Las olas de un torrente. ¿Qué dicen? La obscuridad se lleva sus palabras. ¿Qué hacen? La tumba se traga su obra.

Como un junco flexible, viejos y jóvenes son súbitamente doblados por un viento. ¡Oh! ¿De qué boca invisible sale este aire misterioso?

★

Toda la naturaleza viva se estremece á la hora en

que el día espira, tiembla yo no sé bajo qué espanto que cae de los astros por la noche.

Entregada á los misterios innumerables, estremeciéndose lúgubrementemente, ve abrirse sobre ella en aquella obscuridad el ojo del desconocido Todopoderoso.

¡Oh! ¡Qué espanto! ¡Reconocerse sin libertad y sin duración, á merced de aquel ser que se mueve en la eternidad!

¡Negro enigma en el que todo se reúne para ocultar la finalidad y la palabra! Se siente que alguien está temblando abajo; se siente que en la altura medita alguien.

28 de Abril de 1846.

XXIII

ORIGEN DE LOS DIOSES

Cuando sobre el altar deposita cualquier cornudo fauno, cualquier dragón que se arrastra con ayuda de híbridos miembros, ó cualquier horrible brahma, cuyas arrugas dorara, el hombre cree haber dado un paso en lo desconocido; cree haber avanzado mucho en el ideal cuando completa á Belial por medio de Zeus; ó cuando ha escogido, para de él hacer un ídolo, alguna aparición del sueño; cuando se ha

prosternado ante aquellas pesadillas, denominándolas Mithra, Neptuno, Irminsul ó Marte.

¿Es él al menos el autor de tales larvas? No; descomponiéndose en la sombra, el ser fué quien las hizo nacer. Y todos aquellos dioses, Moloch, Júpiter, Asarté, Thor, máscaras de deformidad ó de demencia, llevando cada uno su tirso ó sus rayos, ó su biblia, son tipos nocturnos que flotan en lo invisible. Aun cuando sean viles, malos, obscenos, odiosos, no por eso creaste á tus falsos dioses, ser humano, ¡oh pasajero miserable! ¡oh buscador efímero! tú no puedes crear nada, ni tan sólo una quimera. La obscuridad que te envuelve, ¡oh pobre ser desterrado!, la profundidad que parece una muralla de lo infinito, el horrible fondo brumoso de donde llueven las visiones; sobre el cual los átomos se mueven confusamente; sobre el cual con trabajo se distinguen la muerte y la vida, y las líneas que encierran nuestra suerte; la obscura inmensidad llena de vagos porches en la que tiemblan las luces de todos los altares; en la que soplos que al punto huyen dibujan infiernos, pindos, edenes, Deucalión, Plutón, Satán, Eva y su manzana, triste de tí, no aceptan dioses creados por el hombre. ¿Te crees tú capaz de imponer tus sueños á la noche? Esta gran pensadora envía á tu caverna sus lúgubres legiones á vuelo tendido; ella las construye, tú las recibes de ella.

Y cuando un sacerdote, lleno de orgullo, dice en voz baja:—Invento demonios que hacen sufrir al hombre, soy el creador supremo y solitario de un montón de espectros, vergüenza ó espanto de la tierra, y el mundo, estúpido y tétrico, está bajo el peso de todos los dioses impuros y sangrientos que para él formo, Fo, Dagón, Teutates, Venus, la de la fúnebre

mirada,—la noche que los creó de un faldón de sus tinieblas, se echa á reír, y poco se admira de su negrura. El cielo formidable sabe que aquel sacerdote miente.

XXIV

—¡Los escritores son todos más ó menos demonios! ¡Quieren quitarnos al Dios á quien amamos! ¡Cuidado con el infierno! ¡Desconfiad de los libros!

Así exclaman, con gestos de hombres borrachos, algunos pobres seres negros, vagamente extraviados, que son fakires en la India y entre nosotros curas. ¡Cuán ignorantes son aquellos queridos energúmenos! Compadezcámosles. Su cólera de frases inhumanas agítase en la sombra, produciendo el triste ruido del torrente que cae y del viento que zumba de noche. Cierta día, aterrando al pastor y á la pobre vaquera, uno de aquellos bonzos peroraba en su púlpito; el buen charlatán feroz, de largos brazos, bajo el dosel de su parapeto adornado con una paloma, echaba ascuas; con elocuencia que habría hecho reír á la antigua Atenas y temblar á Pontoise, aquel sombrío palurdo vapuleaba á Satán, á Voltaire y al buen sentido, fulminando toda clase de rayos paletos. Había para estremecerse. ¡Nonnote, basta de Maistre! (1).

(1) Claudio Francisco Nonotte nació en 1711 y murió en 1793; jesuita francés cuya celebridad se debe más que todo á los sarcasmos que le dirigió Voltaire.

José María, conde de Maistre, nació en 1753 y murió en 1821; su

Era aquello la fe sin freno, el dogma á grande orquesta, un salvador que, amenazando, rechinaba los dientes y sudaba, un Jocrisse (1) saliendo en socorro de Bossuet. En torno de aquel ahullador formidable, las ramas de los árboles ofrecían su sombra amiga á las vagas alas blancas; los matorrales estaban llenos del rumor de los nidos, de los que desprendíase el resplandor de las felicidades infinitas; las llanuras extendían la vasta paz campestre; aquel Dios al que en la iglesia, á fuerza de credo y confiteors, obscurecía el sacerdote, radiaba fuera del templo en la luz del sol.

Mi padre, dulce pasajero que me ha contado la cosa, estaba allí.

Dejadme, pues que ese nombre me sosiega, deciros que mi padre era un sabio puro, uno de aquellos pensadores que, en el sombrío mundo, muestran serena frente aun á la prueba más austera, que buscan el aspecto tranquilizador del misterio, haciéndose explicar en qué consiste el enigma del destino por el espléndido canto de los pájaros que madrugan. Sonreía constantemente, nunca fué escéptico, y ninguna biblia, ninguna ilusión de óptica, turbaban su mirada, fija en lo real. Confiaba en la belleza del cielo.

Pues, el digno cura rabiaba. Y las encinas y los

nombre es bien conocido como filósofo y hombre de estado, lo mismo que el de su hermano Javier, militar y escritor.—(N. del T.)

(1) Jocrisse, simple que se deja gobernar por todo el mundo, ó que se ocupa de los quehaceres domésticos; este adjetivo se ha sustantivado y se han formado derivados de él; así *jocrisserie* significa patochada, simpleza ó salida de tono de un idiota que sirve de hazme reir.—(N. del T.)

olmos, que temblaban sin miedo, gruñen sin odios, continuaban murmurando en los bosques su gran murmullo; una confusión de rumores y de ahullidos venía de la ciudad para extinguirse en el campo, augusto apaciguamiento de los clamores en el idilio; aquella convicción que á los corazones procura el azul, especie de punto de apoyo tan seguro como misterioso, sentíase doquiera, y las blandas praderas exhalaban aquellos perfumes llamados ensueños. Se percibía distintamente la eterna demencia. El buen cura parecía cada vez más furioso. Con el rayo en el puño, viendo á Sodoma en Vaugirard, anonadaba al hombre con todo el peso del Señor, lo condenaba todo, sin excepción, sin tregua, sin descanso.

De repente, un Juan cualquiera interrumpió, por burlarse del sacerdote (de tal modo á veces Pirrón acuchillaba á Patouillet (1) á través de la blusa del campesino):

—¿Y si Dios no existiera?...—¡Responded!

—Habría que inventarle,—dijo mi padre entonces.

—¡He ahí,—exclamó el sacerdote, que tomó por testigo de ello al Santo Padre, y á Roma,—he ahí un grito del alma!

Y el buen hombre agradeció aquel grito del alma

(1) Luis Patouillet (1699-1769); otro jesuita que está en el mismo caso que el anterior.

Pirrón, filósofo griego (336 a. de J. C.), fundador de la escuela de los escépticos.—(N. del T.)

á mi padre, el cual lo había aprendido del diablo,
edición de Kehl.

3 de Marzo de 1877.

XXV

AL SALIR DE UNA IGLESIA

El sacerdote aquel dijo al pueblo:

- Niños, bajad los ojos. Dios no es el alma vaga esparcida en el fondo de los cielos. La naturaleza os engaña y el universo se mofa de vosotros. El que no está con nosotros, sufre y llora eternamente. ¡Nunca busquéis á Dios fuera del texto divino!

He aquí que la inmensidad entona un vano cántico. ¡Cómo! Antes de ver á Dios tal como el alma le percibe, brillando con flamígera belleza; antes de adorarle tal como me le hacen ver las profundidades de la aurora y de la noche, la estrella en el azul, la perla en el nácar, he de hacer que un diácono rectifique al Eterno! ¡Se hace necesario prosternar nuestra fe ante un misal! El alba enseña el amor, la biblia enseña el espanto. El cura grita:—¡Infierno!—¡Esperanza! se oye exclamar al astro. ¡Y se ha de creer al cura! ¡He de subordinar, en mi corazón que estalla, lo que el universo me dice á lo que me hace oír el sacerdote!

¡No ha de seguirse al infinito, sino al hombre!

¡Cómo! ¡La creación no es otra cosa que un libro cuyas erratas corrigen las religiones! ¡Cómo! Los lirios de Sarón, las rosas de Pœstum, el rayo, el sol que dora la soledad, no tienen en su luz tanta certeza como un símbolo en latín ó un dogma en hebreo!

¡Bien mirado todo, destituimos á Dios!

XXVI

CONTEMPLACIÓN.—CONSUELO

¡Qué corto es el dolor, y cuán pronto se desvanece!

¡Ay! En cuanto la tierra se traga una sombra, nadie vuelve su rostro hacia aquel astro eclipsado que brillara en otro tiempo. Verse libre de su querido recuerdo es el primer cuidado que se tiene. ¡Fuera ese mendigo! Uno ríe, pone buena cara y dice:—¡Bebamos, comamos, vivamos! Esto es lo positivo. El otro adormece la pena mirando al cielo, admira y piensa, espíritu que flota al azar, y hace que su llanto se evapore en la naturaleza. Hay ser al que el dolor no puede ocupar mucho tiempo; todo nos parece bueno para olvidar; la contemplación mece, tranquiliza y consuela; llevado por el ala que le aísla, el corazón deja caer los recuerdos al elevarse hacia el azul; la tumba más querida no es sino un punto obscuro. Los que viven cantando, riendo continuamente, pronto han enterrado á sus difuntos; el que piensa no es el vaso mejor para conservar el duelo.

La naturaleza llena el alma deslumbrando el ojo; y el olvido, esa araña, cuando tiende su tela, de un lado la ata al hombre y por el otro á las estrellas.

18 de Mayo de 1854.

XXVII

Cierta noche soñé. Y en mi sueño ví una llanura sin orillas, semejante al mar sin costas, abierta á todos los vientos, como el vasto Océano.

Era uno de aquellos lugares inquietos y desiertos en los que todavía flota el confuso rumor de las multitudes, en el que se sienten, á través de las téticas soledades, en las palpitaciones del alma turbada, un pueblo desconocido, una ola que pasó. La llanura aquella era roja, inmensa, triste y desnuda; la nube no tenía ni una gota de agua en que mirarse; no había ni un pie de tierra labrado, ni un solo edificio, ni un testigo, ni un transeunte.

Lo único que, á lo lejos, se veía, eran grandes, extraños y soberbios, leones de piedra, esparcidos en la hierba de trecho en trecho. Inmóviles, de pie sobre granitos esculpidos á los que llegaban las copas de los arbustos agitados por el viento, todos ellos en fiera y terrible postura, parecían, en mitad de la lóbrega naturaleza, que deslumbraba en la sombra mis ojos, parecían escuchar el rumor de un mundo desvanecido.

¿Qué hacían aquellos leones en aquella llanura? ¿Guardaban acaso alguna vaga memoria, algún gran recuerdo traído por la sombra, semejantes á perros cabizbajos cuyo amo se perdiera? ¿Eran rocas? ¿Eran fantasmas? Tal vez habían visto desmoronarse muchos reinos. ¿Quién sabe? ¿Estarían allí cubiertos por el musgo que les roía, desde antes de aquellos tiempos oscuros, profundos, lejanos, en los que la historia á tientas pierde sus antorchas apagadas, en los que la tradición indistinta se enmohece? ¿No podría ser que nada de humano tuviera el escultor que los labrara con mano poderosa? ¿Quién los había colocado en aquel vasto espacio para que por siempre oyeran llorar al viento que pasa, silbar á la hierba y deslizarse al lagarto por entre la arcilla?

Sin atreverme á dar un paso, púseme yo á mirarlos con el espanto que se siente ante las cosas sombrías. Ningún vestigio á su alrededor; ni senderos, ni escombros; sólo el oscuro espinó y la ennegrecida maleza

Y, de repente, conforme yo de tal manera meditaba,—era la hora en que el día retrocede,—en el sepulcral y frío cielo crepuscular, ambas alas abiertas y cerniéndose sobre aquel tético horizonte, apareció un ave monstruosa, enorme, imponente, de forma desconocida en la naturaleza entera, tan fiera y tan horrible, que los leones de piedra echaron á correr dejando escapar prolongados rugidos.

¡Oh, Dios! vos que, inclinado sobre los espíritus que duermen, les mandáis por la noche el arcángel ó el Moloch, ¿qué quisisteis hacerme saber por medio de aquel espantoso sueño? ¿Señor, sería aquella,